

gía nos lleva a temer que nos dejemos llevar por prejuicios personales.

También desearíamos expresar nuestras dudas sobre el pasivismo del verbo vasco, teoría que Tovar recoge siguiendo a los maestros de la vascología. Nuestra desconversión, por decirlo así, es reciente, pero bien fundado a lo que creemos. Si aceptamos que las categorías gramaticales existen y tienen significación sólo dentro de cada lengua, en ese caso, puesto que *pasivo* sólo tiene sentido en contraposición a *activo* y en vascuence no hay más que un verbo, el tratar de decidir si éste es activo o pasivo es una cuestión tan académica como el tratar de determinar si *vasc. mai* "mesa" es masc. o fem. El vasco conocido dispone además de una especie de pasiva perifrástica que le sirve para traducir mejor o peor las oraciones pasivas de las lenguas vecinas.

Estos detalles, como decimos, entran dentro de lo opinable. No así el indiscutible valor del libro del Sr. Tovar.

L. M.



LA ESCRITURA EN LA ESPAÑA PREROMANA (EPIGRAFIA Y NUMISMÁTICA), por Julio Caro Baroja. *Historia de España dirigida por D. Ramón Menéndez Pidal*. I, 3.^a parte, p. 679 ss. Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1954.

Con esta obra de conjunto, que une nuevas aportaciones a lo más importante de una serie de trabajos publicados por el autor en distintas fechas y lugares, tenemos por fin, aunque bajo otro nombre, el *Manual de Epigrafía Ibérica* prometido hace varios años y que temíamos no llegara a publicarse. Por ello acogemos con mayor satisfacción la publicación de una obra que constituirá en adelante, por sus abundantes y bien elegidos materiales y la amplia información crítica que proporciona sobre resultados, opiniones y tentativas; un fácil medio de iniciación en este difícil campo. Es innecesario añadir, porque es característica que conocen bien los lectores del Sr. Caro Baroja, que la abundancia de datos histórico-culturales da a este trabajo, como a todos los suyos, una riqueza y complejidad de contenido que falta a veces en los de los lingüistas de obi-

servancia estricta que propendemos a un formalismo unilateral, no muy del gusto de los demás.

Va precedido de una breve introducción, sobria y certera, sobre cuestiones de método, digna de toda alabanza, pues no es por desgracia costumbre frecuente la de formular explícitamente los supuestos en que se basa la sistematización. Sigue una "Historia del desciframiento de las escrituras hispánicas prerromanas" de rica información y fácil lectura. No deja ésta de ser aleccionadora, aunque no siempre agradable para nuestro orgullo. Si el prodigioso nacimiento y progreso de la Física moderna, por ejemplo, o la no menos maravillosa historia del desciframiento e interpretación de los antiguos textos egipcios, mesopotámicos o hititas nos llenan de fe —quizá excesiva— en el poder del entendimiento humano, el relato de las vicisitudes del desciframiento de las escrituras hispánicas antiguas hasta Gómez-Moreno, con todo lo que supone de ceguera y temeridad, constituye el mejor desengaño para nuestra vanidad, hasta el punto de que merecería convertirse en un tópico más para uso de moralistas y predicadores. Todavía hoy, acaso por la tenacidad con que están arraigadas en ese terreno ideas definitivamente caducadas hace años, no es raro que la gente trate de declinar, como un pecado de candidez o de inconsciencia, el dudoso honor de que le tengan por "iberista" o interesado por lo "ibérico".

Los dos capítulos siguientes, que constituyen tal vez el núcleo fundamental de la obra, van dedicados al análisis del material numismático, como base para justificar las lecturas propuestas. El primero tiene por subtítulo "Forma y frecuencia de los caracteres: su valor", y el segundo, "Problemas geográficos y lingüísticos". Además de la justificación de las lecturas de Gómez-Moreno, contienen un amplio intento, basado en abundante documentación, de precisar en lo posible la localización de las cecas y un ensayo de delimitación de áreas lingüísticas. En la lista de frecuencias de los caracteres nos hubiera agradado más que los ejemplos de *V* *Y* (*T*) estuvieran separados de los de los signos que usualmente se leen *m* y *n*, por más que el lector interesado puede fácilmente realizar él mismo la separación. Nuestra objeción es más bien de principio: al menos originariamente —no en zona celtibérica— el carácter *Y* con sus variantes pudo perfectamente tener un valor que no coincidiera con ninguna de las nasales españolas modernas.

En el cap. siguiente, "Epigrafía: materiales para su estudio. Zonas ibérica y celtibérica", se presenta una colección variada y bien escogida de letreros no monetales. No se encuentra en él, sin embargo, si no estamos equivocados, ninguna referencia al segundo plomo,

fragmentario, de Alcoy o al de Mula, ambos en caracteres griegos, ni tampoco al de Ampurias en escritura indígena. Esto puede muy bien deberse a la circunstancia de que, por los azares de la publicación, inevitables tratándose de un tomo tan voluminoso que comprende trabajos de distintos autores, se haya demorado la aparición de la parte debida al Sr. Caro Baroja más de lo que es corriente en otras condiciones. Esta es al menos la sospecha que, con fundamento o sin él, nos han hecho concebir varios detalles.

Con el cap. "Numismática turdetana: el problema de la escritura del Sur", dedicado a las monedas y al plomo de Mogente, y sobre todo con el titulado "Epigrafía turdetana y meridional" entramos en un terreno aún mucho menos seguro. Es de agradecer la decisión con que el autor se ha enfrentado con estos incómodos epígrafes que es más corriente soslayar: Bähr, por ej., en su *Baskisch und Iberisch*, apenas se ocupó más que del plomo de Mogente. Gracias a él tendremos a la vista en adelante estos textos —¡y cuánto queda en ellos por aclarar!— que hasta ahora permanecían sepultados en la oscuridad de los *Mónumenta Linguae Ibericae* o en rincones apartados de publicaciones diversas. Es natural, por lo tanto, que aquí sean posibles opiniones muy distintas. La lectura *urcescen*, por ejemplo, que el autor prefiere a *urcescen*, supone que en las monedas de Obulco habrá de leerse *orcail*, *orcailu*, menos próximo al *Urchait* de *CIL* II 1087, mencionado por el autor, aunque esto está lejos de ser decisivo. Más discutible es que deba leerse *du*, *tu* lo que, en general, se considera como mera variante del carácter que vale *de*, *te*, y esto incluso en epígrafes "ibéricos": así en Luzaga *tuiuoreigis* en vez de *deiuoreigis* que representa claramente un *Deiuoria* céltico. Las lecturas que así obtiene, en particular *castule* e *ilduurgi*, no parecen preferibles a *castele* e *ildeturgi*, ni supone una ventaja apreciable el que, a consecuencia de ese corrimiento en el valor de los signos, se lea como *u* lo que corrientemente se lee *du*, *tu*, y pueda interpretarse como *ilurir*, en vez de *ildurir*, el nombre de *Iliberri*, ya que tan difícil es explicar el más moderno *Eivira* a partir del uno como del otro, aparte de que sigue sin aclarar la enojosa cuestión del doble nombre de la ciudad bética.

Personalmente creemos completamente satisfactoria la explicación de Tovar (*Estudios sobre las primitivas lenguas hispánicas*, 26), quien ve en la dualidad *castele* / *Castulo*, *baitolo* / *Baetulo*, *barceno* / *Barcino* (análoga a la propuesta por el autor *caralus* / *Carulensis*, ceca 75) un hecho de fonética latina: cf. lat. *Sicilia* / *Siculus* (gr. *Sikelia*, *Sikelós*), *pellos* / *pepulis*, *sedeo* / *obsideo*, etc. Dado, por otra parte, que está perfectamente establecida la correspondencia ib. *ld*: gr. lat. *l* (en

Ascoli II): aquit. (al menos en la escritura) *l* y probablemente vasc. **L* > mod. *l(h)*; como puede verse en ib. (*bios*)*ildun*, Ascoli (*Umar*)-*illum*, aquit. *Ilunno*, etc. (vasc. *il(h)un?*), o ib. *ilduro*, gr. lat. *Iluro*, aquit. *Iluro*, que hay que considerar como un fenómeno corriente de asimilación y reducción de la geminada, tenemos que *Iliturgi* es el representante normal de ib. *ildeturgi*, pasando por **Il(l)eturgi*. Quedaría por explicar la variante *Iluturgi*, quizá como un caso de inducción —asimilación o desasimilación—, puesto que *oi* en *Iloitur* (cf. a. lat. *oino*, etc.) parece una grafía arcaizante por *u*.

Los dos últimos capítulos están dedicados a “Concordancias ibéricas” y “Comparaciones vescoibéricas”. Anteriormente (págs. 746-747) ha dado una muy interesante “puntuación de las relaciones vascoibéricas que, por creerla muy ajustada a los datos de todo orden que hoy poseemos, no nos resistimos a transcribir aquí: “La diferenciación cultural entre vascones históricos e iberos puede ser debida fundamentalmente... a que los pueblos del Este, es decir, los iberos, estuvieron pronto en contacto con los grandes pueblos colonizadores y los de más al Oeste (vascones) no... Pero las diferencias lingüísticas quedan en pie, así como la relación del vasco con los idiomas del Este. Podríamos colocar de una manera provisional el límite de los dialectos ibéricos orientales propiamente dichos y los vascónicos no célticos en una línea que partiera del valle de Arán y que de Norte a Sur llegaran hasta el curso medio del Cinca. De aquí, marchando de Este a Oeste, la frontera lingüística pasaría algo más al sur de Huesca; luego dejaría a “Segia”, Egea, fuera, como enclave céltico, y alcanzaría la zona montañosa al sur de Pamplona, siendo los que quedarán al mediodía celtas de habla, y los del septentrión vascónicos no celtas, “iberoides”. La entrada de éstos en zonas próximas al Ebro podría deberse a un movimiento acaecido de Norte a Sur, en consecuencia, ...; de suerte que hay derecho a pensar que las relaciones entre vasco e ibérico se deben buscar más por el norte de los Pirineos que el sur, donde debía haber grandes enclaves célticos intermedios, que no faltaban tampoco en la misma Aquitania”.

Algunos detalles de la declinación celtibérica, tal como los establece el autor en las págs. 742 s., serán sin duda objeto de discusión. Así sobre todo que la desinencia *-cos* sea un gen. sg. de tema consonántico. Parece estar muy extendida la creencia de que, por tratarse de un suf. *-ko-*, nos hallamos más bien ante nominativos de pl. (lo que tiene el apoyo de los letreros en *-es*) o en todo caso nominativos de sg. Bien es verdad que la primera hipótesis tropieza con el inconveniente, ya señalado por Tovar, de que en el bronce de Luzaga se lee *lutiacel*, nom. a juzgar por las apariencias, frente a

lutiacos en las monedas y con lo que parecen claros nominativos de pl. en *-(o)i* en la inscripción de Lamas de Moledo. Como es sabido, el testimonio del a. irl. no es concluyente, pues si el nom. pl. *fir* supone **(o)i*, el voc. pl. *firu* puede continuar un antiguo nom. pl. en **-os*, sustituido luego en los temas en *-o* por la desinencia pronominal.

Como hemos propuesto en otro lugar, *turiasu* —y acaso algunos otros nombres en *-u*, aunque en ese caso falte el apoyo que presta al primero el hecho de ser tema en *-n* en la declinación griega y latina— podría muy bien ser un nom. sg. de tema en *-n* de tipo céltico con *-u* de *-o* larga: cf. galo *Frontu* < lat. *Fronto*.

No parece necesario admitir que *bilbilis*, etc., sean nominativos de pl. (p. 743). No está muy clara, si no estamos equivocados, cuál fué la evolución exacta en celta de i.-e. **-eyes*, y sobre todo tienen una explicación sencilla como nominativos de sg. de temas en *-i*. En cuanto a *secobiris*, aun cuando no fuera cierta la posibilidad indicada por Tovar de que se trate de una abreviación por *secobiriges*, puede muy bien concebirse como una forma análoga a *Talábrix* (cuyos habitantes son llamados *Talábriges*) o *Kaitóbrix*, sobre cuyo interés insiste el autor. No hay que olvidar que **brig-s* es la forma que suponen las lenguas célticas modernas: irl. m. *bri* (ac. *brig*) “colina”, galés *bry* “alto, elevado”, etc. (Pokorny, *Indogermanisches etymologisches Wörterbuch*, 140).

Domeño puede muy bien no ser el continuador moderno de *damanju*, pues Rohlf ha propuesto una etimología latina enteramente satisfactoria: *dominium*.

Parece haber una cierta contradicción —o mejor dos redacciones no bien unificadas— entre la pág. 716 donde para la ceca 57, *caiscata*, se propone la reducción *Caesada*, y la 734 donde se la identifica sin restricciones con *Káskonton* conforme a la tesis tradicional.

El lertero *seloncen* (p. 731, ceca XIII) fué considerado por Gómez-Moreno “mala lectura por *neroncen*” (ap. J. Vallejo, *Emerita* XV, 214).

Señalemos finalmente que es lástima que la impresión de una obra tan importante como ésta no haya sido más cuidada. Los asteriscos, en completo desacuerdo con el valor etimológico de la palabra, tienen un tamaño gigantesco y los envíos a otras páginas remiten por lo visto a las del original y no a las impresas.

El mismo volumen contiene trabajos de excepcional importancia sobre historia y arqueología céltica, celtibérica e ibérica de la Hispania antigua debidos a los Sres. Maluquer de Moñes, Taracena y García y Bellido. Su importancia es evidente aun para un lector tan incompetente como nosotros.

L. M.

SAN SEBASTIAN. 75 AÑOS DE LA VIDA DONOSTIARRA, por *Vicente Cobrerros Uranga*. Dibujos de Agustín Ansa. Editado por la Caja de Ahorros Municipal de San Sebastián en el 75.º aniversario de su fundación. M. Navarro, impresor.

La prosa de buen leer de Vicente Cobrerros Uranga y el arte de buen ver de Agustín Ansa contrajeron matrimonio hace tiempo. Frutos de bendición han sido aquel "San Sebastián (paseando por la ciudad)" que comenté en estas páginas hace algunos años, y ahora este otro "San Sebastián" que naturalmente es, por pura definición, donostiarra hasta la médula.

El padrino de este nuevo libro es la Caja de Ahorros Municipal de San Sebastián que acaba de celebrar sus bodas de platino y que se ha sentido rumbosa en su apadrinamiento. Pero no ha querido que el libro patrocinado se refiera a ella, sino a la ciudad a la que sirve y de la que se sirve. En eso no ha hecho más que seguir el camino iniciado de su esfuerzo constante en la tarea de enriquecer nuestras bibliotecas con impresiones de bellas estampas de sabor local prendidas al rosario de sus calendarios anuales.

Cobrerros pinta con su pluma: tiene ésta sobriedad de línea, color desenfadado y, sobre todo, soltura de trazo. Y Ansa, por su parte, escribe con sus lápices, que esta vez son de colores, con un resultado particularmente grato. En aquella panorámica, que sigue la evolución de las barandas de la Concha y de los tipos que se le asocian en cada momento, y en aquella otra, en que se delinean en teoría evolutiva los figurines de los bañistas, se contienen muchas páginas de texto, de un texto que no se ha escrito.

La impresión en un "offset" lleno de elegancia tipográfica, guarda el tono, el buen tono de los padres y del padrino de la criatura.

F. A.



DICCIONARIO CRITICO ETIMOLOGICO DE LA LENGUA CASTELLANA, por *J. Corominas*. Vol. I, A-C. Editorial Gredos. Madrid, 1954.

El carácter de acontecimiento que tiene la aparición del primer volumen de esta obra para los estudios lingüísticos resulta evidente para el más somero examen. No insistiremos sobre ello, pues voces